

una cuestión enojosa. Mas no fué así. Únicamente sacó de ello el pesar íntimo de haber logrado sólo cubrirse de ridículo, el temor de los chismes que pudieren propalar los tunantes como él, si lo descubrían, es decir, un tormento más. De modo que ocultó precisamente con especial cuidado la acción más laudable de su existencia, si tuvo alguna, con la particularidad de que aun estaba avergonzado de ella.

CAPÍTULO XXXI

HARTO DECISIVO

Á despecho de un formidable constipado, de una afonía completa y continuos estornudos, que amenazaran, á cada momento, dislocar su majestuosa osamenta, la incansable Sra. Sparsit persiguió á su principal, hasta que dió con él en la metrópoli; presentándosele con todo el esplendor de su dignidad personal, en el hôtel de Saint-James Street, y allí no pudo contener por más tiempo su cañón cargado hasta la boca, haciéndolo estallar como una bomba. Después de cumplir su misión con infinita alegría, aquella mujer, de sublime espíritu, cayó indispueta en la espalda del Sr. Bounderby.

El primer cuidado de éste fué sacudirse y desembarazarse de ella, dejando que por sí misma se repusiera como pudiese de las diversas fases de su indisposición, en el suelo. Luego recurrió á los estimulantes más enérgicos, torciendo los dedos pulgares de la enferma, golpeando sus manos, rociándole la cara con agua y llenándole la boca de sal. Cuando, gracias á esas atenciones delicadas, logró hacer que la Sra. Sparsit volviera en sí y (no tardó mucho) el Sr. Bounderby la metió en un tren expreso, sin ofrecerle refrigerio alguno, y la llevó á Cokeville más muerta que viva.

Considerada como una ruina clásica, la Sra. Sparsit ofrecía un espectáculo interesante, al llegar al término de su viaje; pero juzgándola bajo otro punto de vista, el daño experimentado por ella resultaba excesivo y disminuía su derecho á la admiración pública. Sin pensar en el estado descompuesto de la ropa y en la salud de la dama, el Sr. Bounderby la metió en seguida en un coche y la llevó á Pedro-Loge.

— ¡Ah! Tom Gradgrind — dijo Bounderby, penetrando como un huracán en la habitación de su suegro, ya muy entrada la noche — ahí tiene V. á una dama... ya conoce V. á la Sra. Sparsit... que ha de decirle algo que le dejará mudo de estupefacción.

— ¿No ha recibido V. mi carta? — exclamó el Sr. Gradgrind, ante esa aparición inesperada.

— ¡No se trata aquí de su carta, caballero! — comenzó á vocear el Sr. Bounderby. — ¡Vaya un instante más precioso, á fe mía, para hablar de cartas! ¡Digo que venir ahora con cartas á Josué Bounderby de Cokeville, en la situación de espíritu en que se encuentra!

— Bounderby — dijo el Sr. Gradgrind, como amonestándole pacíficamente — hablo de una carta especial que le he dirigido sobre Luísa.

— Tom Gradgrind — replicó Bounderby, golpeando varias veces la mesa con la mano — yo también le hablo de una mensajera especial que ha venido á buscarme para tratar de un asunto referente á Luísa. Adelántese V., Sra. Sparsit.

Se volvió tan cargante la Sra. Sparsit y fueron tales sus muecas, al tratar de dar la pobre su testimonio, aunque sin poder emitir claramente una palabra, dado que se le había inflamado la garganta, que el Sr. Bounderby, fuera de sí, la cogió por el brazo y la sacudió.

— Si no puede V. hablar, señora — dijo Bounderby — deje que lo haga yo. No es muy á propósito el momento para que una dama, por distinguido que sea su parentesco, deje

oir hipos y cloqueos como si tragara bolas. Tom Gradgrind, hece poco que la Sra. Sparsit, aquí presente, sorprendió por casualidad una conversación al aire libre entre la hija de V. y un apuesto caballero, el Sr. James Harthouse, amigo de V.

— ¿De veras? — dijo el Sr. Gradgrind.

— ¡Ah! ¡sí, de veras! — exclamó el Sr. Bounderby — y en esa conversación...

— Es inútil que me la repita, Bounderby. Sé lo que ha ocurrido.

— ¿Lo sabe V? En este caso — dijo Bounderby, á quien irritaban la dulzura y la calma de su suegro — ya que sabe V. tantas cosas, quizá tampoco ignore donde se halla su hija en este momento.

— Sin duda. Está aquí.

— ¿Aquí?

— Querido Bounderby, me permito rogarle, en interés de todos, que modere esos arrebatos. Luísa está aquí. Desde que cesara la conversación con la persona á que alude V., y que deploro vivamente haberle presentado, Luísa se apresuró á venir aquí, para ponerse bajo mi protección. Pocas horas hacía que yo había regresado, cuando la recibí... aquí, en esta habitación. Fué á tomar en seguida el primer tren para Cokeville, corrió de la estación á casa de

su padre, en medio de una tormenta espantosa, y se me presentó en un estado parecido al de la locura. No he de añadir que desde entonces no ha salido de mi casa. En su interés y en el de V., le suplico que se calme.

El Sr. Bounderby miró á su alrededor en silencio, á todos los lados, menos al de la Sra. Sparsit; pero volviéndose bruscamente hacia la sobrina de Lady Scadgers, dijo á esta mujer desgraciada :

— ¡Ah! señora, mucho gusto tendremos en oír las excusas que crea V. conveniente hacernos, por haber recorrido el país á gran velocidad y sin otro equipaje que un despropósito, señora!

— Caballero — murmuró la Sra. Sparsit — Mis nervios y mi salud se hallan demasiado quebrantados, por haber servido á V., y no puedo hacer otra cosa que refugiarme en mis lágrimas.

Y así lo hizo.

— Pues bien, señora — dijo Bounderby. — Sin querer tratarla de distinto modo del que merece una señora de noble origen, voy á añadir otra palabra : creo que hay otro sitio en donde puede V. refugiarse, y éste es un coche. Y como el que nos ha traído aquí está aun en la puerta, me permitiré conducirle á él, para que vuelva V. á la casa de banca. Lo mejor que

podrá V. hacer, una vez allí, es poner los pies en el agua más caliente que pueda soportar, y tome V. un poco de ron con manteca hirviente, cuando se halle en la cama.

En diciendo esto, el Sr. Bounderby alargó la mano derecha á la Sra. Sparsit y acompañó á esta afligida dama hasta el vehículo en cuestión, mientras ella soltaba por la calle más de un estornudo plañidero. No tardó él en volver á subir solo.

— ¡Ah! He conocido en su semblante, Tom Gradgrind, que V. queria hablarme, — repuso — héme, pues, aquí. Pero le advierto que no estoy de muy buen humor. Se lo digo francamente : no es cuestión ésta que me agrade, ni aún del modo que V. la ha referido ; y no considero que su hija me tratase nunca con el respeto y la sumisión que Josué Bounderby de Cokeville debía esperar de su mujer. Tiene V. sus ideas, y no lo pongo en duda ; pero ya sabe V. que yo también tengo las mías. Si el propósito de V. es decirme esta noche algo contrario á mi sincera confesión, vale más que nos despedamos ahora mismo.

Mientras el Sr. Gradgrind, como se ha visto, se mostraba conciliador, el Sr. Bounderby hacia todo lo posible por romper los cristales. Era ésta una particularidad, entre otras, de su carácter amable.

— Querido Bounderby — empezó el Sr. Gradgrind — en respuesta...

— Me permito expresarle — dijo el Sr. Bounderby — que no me gusta ser tan querido de la gente. Esto para empezar. Cuando se me manifiesta querer, observo casi siempre que es para sorprenderme ó chuleárseme. No le hablo de modo cortés; pero ya sabe V. que no lo soy. Si quiere V. cortésia, ya sabe donde la dan. Hay muchos caballeros, amigos de V., que le servirán este artículo tanto como quiera; pero yo carezco de su provisión.

— Bounderby — continuó el Sr. Gradgrind — todos estamos sujetos al error...

— ¡Yo creía que V. no podía estarlo nunca? — interrumpió Bounderby.

— Quizá también lo he creído yo. Pero repito que todos estamos expuestos al error; y le agradeceré la delicadeza de que me ahorre estas alusiones á Harthouse. Haré caso omiso, en nuestra conversación, de la intimidad de V. para con él y del estímulo que le daba; pero le suplico que no me impugne tampoco nada sobre este particular.

— ¡Ni siquiera lo he nombrado! — dijo Bounderby.

— ¡Bien, bien! — respondió el Sr. Gradgrind, con paciencia y casi con sumisión; y

quedóse reflexionando algunos instantes. — Bounderby, empiezo á dudar que nosotros hayamos comprendido bien á Luisa.

— ¿Qué quiere V. decir con *nosotros*?

— Pues bien, *yo*, si V. quiere — dijo el Sr. Gradgrind, replicando á aquella contestación brutal. — Dudo que haya comprendido bien á Luisa. Dudo que le haya dado por completo la educación que le convenia.

— Por fin, henos ahí — respondió Bounderby. — Estoy de acuerdo con V. sobre este punto. ¿Ha concluido V., al fin, por descubrirlo? ¡Educación! Voy á decirle lo que es la educación: poner á uno á la puerta ó castigarlo á media ración en todo, menos en los golpes. A esto llamo educación.

— Creo que su buen sentido le demostrará — dijo el Sr. Gradgrind, en tono de amonestación humilde, — que por mérito que tenga tal sistema, es difícil aplicarlo á las niñas en general.

— No lo veo en modo alguno, caballero — replicó el terco Bounderby.

— Bien — dijo el Sr. Gradgrind, suspirando. — No discutiremos este punto. Le aseguro que no tengo deseos de suscitar una controversia. Sólo quisiera reparar el mal, si fuese posible; y espero que me ayudará V. á ello cordialmente, Bounderby, pues he sido muy desgraciado.

— No le entiendo — dijo Bounderby, con obstinación afectada — y, por consiguiente, nada puedo ofrecerle.

— Me parece, querido Bounderby — prosiguió él Sr. Gradgrind, con el mismo acento humilde y propiciatorio — que he llegado á conocer el carácter de Luisa, en el intervalo de algunas horas, mejor que lo hiciera durante los años anteriores. Este conocimiento se me ha revelado por circunstancias penosas, y no puedo lisonjearme de haberlo hecho por mí mismo... Creo que Luisa reúne cualidades que... se olvidaron cruelmente ó se malearon. Y... yo quería decirle... si V. quisiera ayudarme, durante algun tiempo, para lograr que Luisa se restablezca animándola en sus buenos sentimientos naturales, á fin de que los desarrolle con ternura... esto... sería útil para la felicidad de todos. — Ya sabe V. — dijo el Sr. Gradgrind, ocultando el rostro en las manos — que siempre he preferido á Luisa, respecto á los demás.

El tempestuoso Bounderby se volvió de carmesí, al oír estas palabras, hinchándose de tal modo que podría temerse que se desplomara bajo la congestión : sus orejas eran de púrpura ardiente, y matizaron algunos tonos de carmesí. Logró, sin embargo, contener su indignación.

— ¿Quiere V. guardarla aquí — dijo — durante algún tiempo?

— Tenía... el propósito de aconsejarle, querido Bounderby, que permitiese á Luisa que se quedara aquí, temporalmente, para que la cuide Sissy, que V. conoce por Cecilia Jupe, pues ella la comprende y ha obtenido su confianza.

— ¡ De lo cual deduzco, Tom Gradgrind — dijo Bounderby, levantándose, con las manos en el bolsillo — que existe, según V., *incompatibilidad de carácter* entre Luisa y yo?

— Creo que, en este momento, hay incompatibilidad general entre Luisa... y casi todas las relaciones sociales en que la he colocado — fué la triste contestación del padre.

— Escúcheme un instante, Tom Gradgrind — dijo Bounderby, mirándole en el rostro, con la tez siempre coloreada, las piernas separadas, las manos en el bolsillo y con los cabellos parecidos á un campo de trigo, que doblegase el vendaval. — Acaba V. de explicarse, y ahora voy á hacerlo yo. Soy un Cokeburgués; soy Josué Bounderby de Cokeville; conozco todos los rincones de la ciudad; conozco sus fábricas; conozco sus chimeneas; conozco su humo; conozco sus obreros; lo conozco todo al dedillo, y es visible y real. Pero cuando viene un hombre á hablarme de cualidades imagina-

rias, le digo siempre, quien quiera que sea, que le veo venir. Quiere comer sopa de tortuga y venado con cuchara de oro, deseando buenamente instalarse en un coche tirado por seis caballos. Esto es lo que quiere la hija de V. Ya que V. opina que debe dársela lo que quiera, le aconsejo que lo se dé V. mismo; y le advierto, Tom Gradgrind, que no lo alcanzará nunca de mí.

— Bounderby — dijo el Sr. Gradgrind — esperaba que hablaría V. de otro modo, después de la súplica que le he dirijido.

— Aguarde — replicó Bounderby — Ha desembuchado V. todo lo que quería decir, y le he escuchado hasta el fin. Ahora hágame el obsequio de oirme á su vez. Ha sido V. un modelo de inconsecuencia; pero no quiera ser con exageración un modelo de injusticia; pues aunque me duela ver á Tom Gradgrind en la situación que se encuentra, deploraría mucho más que fuese aún descendiendo. Ya que V. dice que existe incompatibilidad entre su hija y yo, voy á manifestarle, por mi parte, que es de las más graves y la resumo del siguiente modo: la hija de V. no sabe apreciar las cualidades de su marido. Su hija no siente bastante la honra de tal alianza... ¡No, por San Jorge! Y me parece que no voy con rodeos.

— Bounderby — objetó el Sr. Gradgrind — esto no es razonable.

— ¿De veras? — dijo Bounderby. — Me encanta oírle hablar de este modo. Ya que Tom Gradgrind, con las nuevas luces que le iluminan, pretende que lo que digo no es razonable, no he de saber más para creer que mis afirmaciones son sensatas. Con su permiso, voy á continuar. Conoce V. mi origen y sabe que, durante muchos años, no he necesitado calzador, puesto que no tenía zapatos para ponerme. ¡Pues bien! Apesar de ello (y es V. del todo libre en creerme ó no) hay señoras... señoras de noble origen... ¡caballero!... que besarían la huella de mis pasos.

Lanzó esta frase al rostro de su suegro, como un cohete.

— Mientras que la hija de V. — prosiguió Bounderby — no es de noble origen, y no necesito declarárselo. Me preocupan poco esas menudencias; pero ello constituye un hecho y le desafío, Tom Gradgrind, á que cambie un hecho. Y ¿por qué le digo esto?

— Temo que no es por tratarme con dulzura — observó el Sr. Gradgrind, á media voz.

— Escúcheme hasta el fin — dijo Bounderby — y no hable V. hasta que le toque el turno. Le digo esto porque hay señoras, pertenecientes

á familias distinguidas, que se han sorprendido de ver la manera como se porta su hija para conmigo. La insensibilidad de ésta las ha dejado estupefactas: se han preguntado como podia yo sufrirlo. Y esto es también lo que hoy me pregunto, y no lo toleraré más.

— Bounderby — dijo Gradgring, levantándose — Mejor será que no prolonguemos esta conversación.

— Al contrario, Tom Gradgrind, mejor será que la continuemos. Al menos — (fué esta la consideración que le indujo á pedirlo)... al menos hasta que haya dicho lo que me propongo; y luego podremes interrumpirla tan pronto como quiera. Vamos á un punto que tal vez simplifique la cosa. ¿Que queria V. decir con la proposición que me ha dirigido no hace mucho?

— ¿Qué quiero decir, Bounderby?

— Sí, ese proyecto — añadió Bounderby con inflexible cabecero.

— Espero que V. consentirá amablemente en que Luisa pase aquí una temporada de descanso y de reflexión, que tal vez produzca poco á poco en ella un alivio por varios conceptos.

— ¿Para hacer que desaparezcan las ideas de incompatibilidad? — dijo Bounderby.

— Puede V. hacer la pregunta en estos términos.

— Y, ¿dónde ha tomado V. esas ideas? — preguntó Bounderby.

— Temo, según le he dicho, que Luisa no ha sido comprendida. ¿Es pedir mucho, Bounderby, eso de que V., de más años que ella, me preste su ayuda para volverla al buen camino? Usted aceptó, casándose con ella, una gran responsabilidad. La tomó V. para el bien como para el mal...

Posible es que Bounderby no gustara de oír las mismas palabras que dirijiera á Esteban Blackpool; lo cierto fué que interrumpió en seco la cita litúrgica con un arrebato de cólera.

— ¡Vamos! — exclamó. — No necesito que me diga V. eso. Sé cómo la tomé, lo mismo que V. Esto no le importa, porque es de mi incumbencia.

— Quería observarle, Bounderby, que tanto V. como los demás estamos sujetos al error; y una ligera concesión de su parte, fundada en la responsabilidad que aceptó, no sólo sería un acto de bondad, sino una deuda que Luisa tiene el derecho de exigir.

— No es ésta mi opinión, — gruñó Bounderby. — Voy á terminar este asunto con arreglo á mi juicio. No quiero hacer de él un motivo de querrela entre nosotros, Tom Gradgrind. A decir verdad, creo que sería in-

digno de mi reputación querellarme por tan poca cosa. En cuanto al caballero, amigo de V., que vaya al diablo, si bien le parece. Cuando le encuentre en mi camino, le diré mi modo de pensar; si no le encuentro, no le diré nada, porque no vale la pena de molestarle por ello. En cuanto á la hija de V., que he convertido yo en la Sra. Lu Bounderby y que debía permanecer como Lu Gradgrind, si no entra en mi casa mañana, al mediodía, inferiré que prefiere quedarse en otro sitio y le enviaré su ropa y demás, para que pueda V. conservarla aquí en lo sucesivo. Respecto á la incompatibilidad que me obliga á poner este ultimatum, diré á todo el mundo: « Soy Josué Bounderby: me han educado de tal y cual modo; la señora es hija de Tom Gradgrind y ha sido educada de tal y de cual manera; pues bien, el vehículo no marchaba bien, con los dos juntos, y ha sido preciso desenganchar. » Creo, sin lisonjearme, que todo el mundo sabe que no soy un hombre ordinario; y la mayoría de la gente comprenderá que, si no me va bien con una mujer, será porque ésta es más ordinaria que yo.

— Me permito suplicar á V. que reflexione antes de tomar semejante decisión, Bounderby, — insistió el Sr. Gradgrind.

— Me decido siempre al instante — dijo Boun-

derby, poniéndose el sombrero. — Todo lo que hago, lo hago *incontinenti*; me sorprendería que Tom Gradgrind hiciera tal observación á Josué Bounderby de Cokeville, conociéndole como lo conoce, si no debiera en lo sucesivo extrañarme todo lo de Tom Gradgrind, ya que acaba de hacerse partidario de una porción de tonterías sentimentales. Le he comunicado ya mi resolución, y nada más tengo que añadir. Servidor de V.

Dicho esto, el Sr. Bounderby fué á su casa de campo y se acostó. El día siguiente, á los doce de la mañana y cinco minutos, ordenó á sus criados que empaquetaran cuidadosamente los efectos de la Sra. Bounderby y que se los llevaran á casa de Tom Gradgrind; después hizo anunciar en los periódicos la venta de una casa de campo, por *convenio amistoso*, y volvió á llevar vida de soltero.

CAPÍTULO XXXII

PERDIDO

No se perdió de vista, sin embargo, el robo de la casa de banca; y el asunto, desde aquel día, ocupó el primer sitio en la atención del jefe